

trece regimientos de infantería en parte intactos. A estas fuerzas agregábanse la división Fortón y la división Valabregue, ansiosas de reparar la sorpresa de la mañana; más al Norte, es decir, por la parte de Bruville, el general Du Barail recorría la llanura con el resto de los cazadores de Africa; y no lejos de él esperaban órdenes los lanceros y los dragones del general Francke. En el 3.º cuerpo, la división Aymard acababa de llegar de Saint-Marcel y la división Nayral marchaba en la misma dirección. Más atrás, la división Montaudón dirigíase apresuradamente á campo traviesa entre la granja de Bagneux y Villers-au-Bois; y, finalmente, por el lado de Doncourt aparecían ya las cabezas de columna del 4.º cuerpo.

La misma inercia que no había apoyado á tiempo al 2.º cuerpo tampoco supo vengarle, segunda falta que había de agravar la primera. Una reunión de fuerzas tan numerosas, un campo de batalla tan vasto, un adversario tan emprendedor y la terrible trascendencia de la partida que allí debía empeñarse, exigían, por encima de todo, la aptitud para elevarse hasta los planes de conjunto. El genio llega naturalmente á estas alturas y el estudio infatigable las alcanza por grados; pero Bazaine carecía de genio y de estudio, y sólo vió lo que estaba ante sus ojos, sin que su perspicacia se extendiera más allá. Delante de él, en la esfera de su radio visual, la retirada del 2.º cuerpo acababa de dejar una ancha brecha en su línea de batalla, y para llenar este hueco llamó á toda prisa á los granaderos de la guardia, hecho lo cual se limitó á esperar, sin preocuparse de agrupar sus fuerzas diseminadas y con ellas hacer sucumbir al enemigo. Llegaron los granaderos, soberbiamente fuertes y valerosos, y mientras uno de sus regimientos socorría á la brigada Lapasset, los otros dos se desplegaron alrededor de Rezonville. Entretanto, avanzaban los húsares de la 6.ª división prusiana creyendo acuchillar á los fugitivos del 2.º cuerpo; pero cuando pensaban dispersar á los restos de estas fuerzas, toparon con los soldados de la guardia, y después de un instante de desorden, se retiraron con grandes pérdidas. Aquel episodio fué para los nuestros un hermoso hecho de armas, pero aislado y del que no se supo sacar ningún partido. Después la lucha se enfrió un poco en aquella parte del campo de batalla, pues los prusianos no ganaron y los franceses se contentaron con no perder. Delante de Rezonville los granaderos formaban una valla infranqueable, como una muralla en torno de una ciudad; esto bastaba para la seguridad, á lo menos para la seguridad aparente é inmediata; pero la victoria había de consistir en escaparse.

En aquella jornada, la fortuna nos abandonaba con pesar. En el momento en que Bazaine se atenía á una prudencia peor que todas las temeridades, el 6.º cuerpo, situado al Norte de la calzada de Verdún, amenazaba rebasar los batallones de Alvensleben.

Durante la primera parte de la batalla, Canrobert se había limitado á apoyar al 2.º cuerpo con diversas fracciones de la división Lafont de Villiers y con el 9.º de línea, guardando en reserva la división Levassor-Sorval, situada más allá de Rezonville, y conservando la división Tixier en los alrededores de Saint-Marcel. En el momento que estamos describiendo, acababa de desplegar, por virtud de una disposición muy oportuna,

una parte de sus tropas de cara al Sur y de espaldas á la *vía romana*. La artillería, instalada en parte en el lindero de los bosques y en parte en las crestas, batió por el flanco á los prusianos; y á todo esto llegaron varias baterías del 3.º cuerpo que reforzaron la línea de los fuegos. Al mismo tiempo, la brigada Pechot, de la división Tixier, llegada de Saint-Marcel, situó uno de sus regimientos, el 10.º de línea, á lo largo de la *vía romana*, y el otro, el 4.º, en las alturas que, hacia el Oeste, dan frente al bosque de Tronville. En esta posición, la derecha francesa se prolongaba mucho más allá que la izquierda prusiana, y el enemigo se veía completamente imposibilitado de continuar la ofensiva, so pena de exponerse á un total desastre. Si el 3.º y el 4.º cuerpos entraban en línea; si uno de los lugartenientes de Bazaine, por una de esas inspiraciones de las cuales depende la salvación, tomaba la iniciativa de un ataque vigoroso, el general en jefe recogería, á pesar suyo, los frutos de la victoria.

Alvensleben, con el corazón oprimido, medía los peligros que le amenazaban. En su izquierda tenía solamente la 6.ª división de infantería y uno de los regimientos del X.º cuerpo; en todas partes tropas extenuadas por la fatiga y casi todos los oficiales superiores fuera de combate; en reserva, ni un soldado de infantería ni un cañón. El comandante del III.º cuerpo no podía suponer en sus adversarios una ceguera que no viese las circunstancias favorables ó una inercia que las dejase escapar. Eran las dos apenas y quedaba aún mucho día: importaba á toda costa resistir una hora, dos horas más, hasta que llegaran los refuerzos. De las alarmas de Alvensleben puede juzgarse por la resolución que le inspiró el convencimiento de la situación crítica en que se encontraba; en efecto, como acontece en todo peligro extremo, sacrificó su caballería para contener al enemigo que rebasaba sus líneas.

Para los alemanes fué aquel uno de los episodios memorables de la guerra. De la 5.ª división de caballería, Alvensleben sólo tenía á su disposición dos de los regimientos de la brigada Bredow, el 16.º de hulanos y el 7.º de coraceros que en aquel entonces se hallaban al Sur del bosque de Tronville. El coronel Voigts-Rhetz, jefe de Estado mayor del III.º cuerpo, fué á encontrar al jefe de la brigada y le dió orden de cargar, y habiendo éste mostrado cierta sorpresa y formulado algunas objeciones, replicóle aquél: «No hay que perder ni un minuto; la voluntad expresa del general de Alvensleben es que carguéis.»

Bredow, que disponía de seis escuadrones, los llevó al ángulo formado por las dos carreteras de Mars-la-Tour y de Tronville y luego al barranco que corre al Norte de Vionville, á fin de disimular su avance. Una vez en aquel valle bien resguardado y al que llegaban muy pocos proyectiles, formó su brigada, y remontando luego las laderas de suaves pendientes, lanzó sus jinetes, á la izquierda los coraceros de Magdeburgo y á la derecha, á pocos segundos de distancia, los hulanos de la Marca.

Lo repentino del ataque le favoreció. Los escuadrones asomaron en la meseta como una aparición, y al galope de sus vigorosos caballos, se arrojaron hacia el Este, derribándolo todo á su paso, alcanzando á una batería y acuchillando á los artilleros. Su rapidez fué

tal que la infantería no tuvo tiempo de formarse. Así atravesaron una línea de cazadores de á pie, que retrocedieron unos hacia los bosques y otros hacia Rezonville (1), y luego pasaron por entre el regimiento 93.º Sin embargo, la velocidad y la duración de la carrera habían desunido las filas y extenuado á los caballos, y aquella caballería tan intrépida, desordenada por el ardor de la acción, ofrecía, al decir de un testigo ocular, el aspecto de una especie de *goum* (2). Pasados los primeros momentos de confusión, los infantes franceses se recobraron y comenzaron á fusilar á los asaltantes por el flanco y por retaguardia; pero á nuestra caballería había de corresponder la gloria de contener aquella terrible carga. Después de la sorpresa de la mañana, las dos divisiones Fortón y Valabregue habían tomado posiciones al Norte de Rezonville; ahora iba á presentarse ocasión de reparar su pasajera debilidad. Los dragones de la brigada Murat estaban formados á lo largo del bosque Pierrot cuando los coraceros de Magdeburgo, arrastrados por su ímpetu, pasaron á cuatrocientos ó quinientos metros de ellos, presentándose el flanco izquierdo; nuestros dragones se arrojaron entonces sobre los prusianos, y cuando éstos intentaban proseguir su carrera, toparon, lo mismo que los hulanos, con los cazadores de Valabregue, comenzando entonces la retirada bajo el fuego de nuestra infantería y de nuestra artillería, que en el entretanto se habían reorganizado. Detrás de Flavigny, Bredow reunió los restos de sus valientes regimientos que habían perdido la mitad de sus efectivos: aquella carga, consagrada por un monumento erigido á lo largo de la *vía romana*, ha recibido en Alemania un nombre que perpetuará su memoria bajo un aspecto fantástico y legendario, á saber, *la cabalgada de la muerte*.

Aquel heroico esfuerzo había dado por resultado introducir algún desorden en nuestras filas y proporcionar algún descanso á la infantería prusiana que se hallaba extenuada; pero con él Alvensleben no habría conseguido otra cosa que retardar el peligro, si Bazaine, decidiéndose al fin á abarcar la batalla en su conjunto, reunía sus fuerzas y caía vigorosamente sobre el fatigado enemigo. El mariscal, sin embargo, dejó pasar las horas sin abandonar su pasividad: por la mañana se había aferrado á una actitud defensiva y persistió en ella; en su espíritu complejo y atento sólo á los detalles, no surgió, al parecer, más que un pensamiento general, y este pensamiento general era falso. Contra toda apariencia, llegó á persuadirse de que los alemanes, subiendo al través de los bosques, se proponían llegar á la meseta de Gravelotte y aislarlo de Metz; y en esta creencia le confirmó la noticia de que por Ars y Novent habían pasado numerosas tropas. De aquí una perpetua preocupación, no por atender á la derecha, en donde todavía por unos instantes teníamos en nuestra mano la salvación, sino por cuidar de la izquierda, es decir, del Este, del barranco del Mance, de las localidades de las cuales habíamos de huir, en vez de procu-

rar defenderlas. Toda la conducta del mariscal había de resentirse de este criterio, en virtud del cual acumularía cada vez más hacia atrás las fuerzas que importaba empujar hacia adelante. Así tuvo concentrada hacia Gravelotte, á lo menos en parte, á la división de cazadores de la guardia, á los cazadores de á caballo y á los carabineros; la división Levassor-Sorval estuvo retenida en las inmediaciones de Rezonville, y finalmente, la división Montaudón, del 3.º cuerpo, fué apartada de su ruta en el momento en que se dirigía á Villers-au-Bois, y llevada nuevamente hacia Gravelotte. De esta suerte se irían acumulando fuerzas precisamente en los sitios en que nada había de decidirse.

El que dejaba flotar la autoridad ó sólo la ejercía para debilitarla, no había de conseguir cansar por completo á la fortuna empeñada en favorecerle: hasta ahora hemos visto á Frossard librar sin éxito una batalla defensiva y luego á Canrobert contener y casi arrollar al enemigo á lo largo de la *vía romana*; pues bien, todavía había de brillar en aquella jornada una intensa aunque pasajera claridad. En efecto, en nuestra extrema derecha señalábase la llegada del 4.º cuerpo, al cual correspondería la gloria de aprovechar las últimas probabilidades favorables, de obtener casi la victoria. Durante dos horas, el verdadero comandante en jefe iba á llamarse Ladmiraull.

XII

Ya hemos visto que la salida de Ladmiraull de Metz había sido retardada. Desesperanzado de librarse de la confusión allí reinante, había este general resuelto utilizar para su retirada la calzada de Brier por Woippy, Saint-Privat y Sainte-Marie-aux-Chenes, dejando sólo á la división Lorencez tomar el camino de Lessy. En la mañana del 16, el comandante del 4.º cuerpo había puesto en movimiento sus tropas: precedía á las columnas la división de caballería Legrand, compuesta mitad de húsares y mitad de dragones; y detrás se escalonaba la división Grenier que, por tener delante un largo convoy de bagajes, no pudo comenzar su marcha hasta las ocho. A las nueve y media los húsares llegaron á Jouville, en donde hicieron alto; y á eso de las diez Ladmiraull llegaba á Saint-Privat, cuando de pronto oyó un lejano cañoneo. De momento creyó que aquel ruido procedía de los fuertes; pero, al descender hacia Habonville, las detonaciones sonaron más distintamente y las descargas se oyeron más cerradas, y como el sonido venía del Sur, tal vez del Sudoeste, comprendió que allí se había empeñado una batalla.

El general ordenó á sus tropas que apresuraran el paso, y luego, acompañado de su escolta, adelantóse á las columnas y se dirigió apresuradamente hacia donde se oía el cañoneo. Al Sur de una granja llamada de Urcourt y al Oeste de Saint-Marcel, alzábase una eminencia bastante elevada y que se inclinaba hacia Bruville; Ladmiraull subió á ella con gran prisa, y desde la cumbre descubrió el terreno que dos horas después había de ser su propio campo de acción.

Al Oeste, la campiña, todavía solitaria, estaba tranquila y como concentrada en la calma de un día radiante. En la prolongación de las alturas aparecía una vasta granja que se denominaba de Grizieres, y luego el te-

(1) Véase *Revue d'histoire*, enero de 1904, pág. 181.

(2) Parte del general de Fortón sobre la batalla de Rezonville, 3.ª parte, 24 de octubre de 1870 (*Revue d'histoire*, marzo de 1904, pág. 671). - *Goum* es una palabra argelina con que se designa á los contingentes suministrados por cada tribu para las expediciones militares. - (*N. del T.*)

rreno declinaba formando un valle al otro lado del cual la meseta volvía á elevarse y continuaba hasta el Yrón. Al Sudoeste estaba la aldea de Mars-la-Tour; al Este veíanse nuestras columnas en dirección á Saint-Marcel: eran la división Tixier, del 6.º cuerpo, que iba á entrar en acción, y el 3.º cuerpo que se aproximaba. Pero donde más se fijó la atención de Ladmiraull fué hacia el Sur: delante de él se prolongaban las alturas que á poca distancia descendían bruscamente formando un barranco llamado el *Fond de la cuve*; más allá extendíase un bosque de forma muy irregular, el bosque de Tronville; y más lejos, una larga y recta hilera de árboles señalaba la calzada de Verdún. Por aquel lado, sin embargo, las espesas nubes de humo dificultaban todo examen: en aquel momento se combatía furiosamente más allá de Vionville y hacia el caserío de Flavigny, y la intensidad de la lucha se patentizaba por el incesante estampido del cañón.

¿En qué condiciones se libraba la batalla? Ladmiraull lo ignoraba, pues no había recibido de Bazaine ninguna orden reciente; así es que después de haber reconocido el terreno retrocedió hacia Doncourt, que constituía el objetivo de su etapa, según las instrucciones de la víspera. El cañoneo continuaba violento, encarnizado; pero al Oeste reinaba la misma calma, circunstancia que parecía ser tranquilizadora, porque nada estaría comprometido mientras permaneciese libre la carretera de Verdún.

Ladmiraull esperaba con impaciencia su caballería, pues de las exploraciones de ésta obtendría informes concretos; cuando llegó la reprenió, acaso injustamente, por su lentitud, y casi en el mismo instante acudieron á ponerse á su disposición la brigada France y los cazadores del general Du Barail, que se hallaban al Oeste de Bruville. Muy pronto se divisaron las cabezas de columna de la división Grenier, apareciendo primeramente la brigada Bellecourt y al cabo de una hora la brigada Pradier. El general Cissey, que, como hemos visto, se había retrasado en su marcha, estaba todavía lejos.

En cuanto los informes incompletos permitían juzgar el estado de cosas, tratábase de una gran batalla. En aquella lucha, la posición del 4.º cuerpo no dejaba de ser ventajosa, porque saliendo por la extrema derecha, había de rebasar considerablemente la izquierda enemiga. Ladmiraull disponía de una caballería numerosa, de toda su artillería de reserva que acababa de juntarse y de toda la división Grenier, mientras esperaba la división Cissey. Si su cuerpo se completaba, y sobre todo si se veía apoyado por los otros cuerpos, aún podría ser rechazado el enemigo hacia el Sur: así opinaban, á falta de direcciones concretas, el general y sus oficiales, quienes unánimemente y por instinto comprendían la oportunidad de la ofensiva. En el entretanto, llegó Changarnier, quien, señalando á lo lejos las posiciones de los alemanes, dijo familiarmente á Ladmiraull: «Qué, ¿no vais á enviarles vuestra tarjeta (1)?» Jóvenes y viejos, todos compartían el ardor de Changarnier.

Enfrente de los franceses, al otro lado del barranco del *Fond de la cuve*, extendíase, en las opuestas laderas

el bosque de Tronville que, subiendo de Norte á Sur, llegaba casi hasta la calzada de Verdún (2). Aquel bosque, muy accidentado y muy espeso, proporcionaba al adversario preciosos abrigos, y era imposible, sin apoderarse de él, avanzar un paso más. Eran las diez y media, y Ladmiraull resolvió dirigir sus esfuerzos hacia aquella parte. Los tallares y los claros del bosque estaban ocupados por los soldados del regimiento de Oldenburgo (3), los cuales habían sufrido ya el ataque del 4.º y del 12.º de línea, que habían sentado su planta en el lindero de las espesuras, al Sur de Saint-Marcel. Las baterías del 4.º cuerpo comenzaron á disparar contra las laderas cubiertas de bosques, y su fuego debió ser mortífero por cuanto se vió que varios pequeños grupos subieron precipitadamente por la colina y desaparecieron hacia Tronville. Entonces el 13.º y el 43.º de línea de la brigada Bellecourt bajaron al *Fond de la cuve* y penetrando en los bosques se posesionaron de ellos; los alemanes se replegaron y sólo conservaron los linderos del Sur, inmediatos á la calzada de Verdún. Mientras de esta suerte avanzaba la brigada Bellecourt, la brigada Pradier (segunda de la división Grenier) ocupaba al Oeste la granja de las Grizieres; así pues, dueño del bosque y de la granja, tenía Ladmiraull, en los dos extremos de la línea, dos puntos de apoyo sólido que le permitirían continuar la ofensiva. La artillería que guardaba las crestas llenaba la solución de continuidad que quedaba entre las dos brigadas; y la caballería del general Legrand avanzaba hacia Mars-la-Tour. Ladmiraull, que espiaba ansioso la ocasión para aprovechar la hora preciosa, la hora única, sentía grandes tentaciones de aventurar un golpe de mano. Su mirada se fijaba en la dirección de Tronville; una vez allí, las líneas enemigas habrían sido definitivamente rebasadas. «¿Os sentís capaz de atacar la aldea?», decía á Grenier.—Sí, si mandáis que me apoyen.» De reserva no había más que el 64.º de línea. «Esperemos á Cissey, dijo Ladmiraull; en cuanto llegue reanudaremos el ataque.»

Cissey, á quien con tan febril impaciencia se esperaba, no había llegado á Saint-Privat hasta las once y se había detenido allí para que sus tropas pudieran comer el rancho; pero, al oír el cañoneo, los soldados habían volcado las marmitas y se habían puesto nuevamente en marcha. En Jouville tomaban aquellas tropas un pequeño descanso, cuando se presentó el comandante Pesnie con orden de Ladmiraull de que se apresuraran. La división dejó atrás Doncourt, sin que á pesar del calor y de la fatiga hubiera un solo rezagado, y las baterías, lanzándose al trote, ocuparon la meseta. La infantería caminaba ya entre Bruville y Urcourt, cuando llegó otro oficial, el teniente coronel Saget, que, gozoso y emocionado, suplicó de nuevo que apretaran el paso: «Venid, venid, mi general, dijo; atacamos al enemigo por el flanco y vuestra acción va á ser decisiva.» Estas palabras, oídas en las primeras filas, fueron repetidas en las columnas produciendo en ellas un generoso estremecimiento. Los soldados corrían más bien que caminaban; al Sur, varias nubecillas blancas indicaban el sitio en donde estallaban las granadas; una inmensa esperanza electrizaba las almas; los oficiales murmuraban

(2) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

(3) Brigada Lehmann (37.ª del X.º cuerpo).

en voz baja los nombres de Alma y Solferino, jornadas cuyas glorias iban tal vez á reproducirse, y los soldados, para estar más pronto dispuestos, rompían anticipadamente por el camino los paquetes de cartuchos (1).

La fortuna se cansaba y comenzó á huir de nosotros en el momento en que íbamos á cogerla. Eran las cuatro, y hasta entonces Alvensleben había estado solo con el III.º cuerpo y con la brigada Lehmann. Todo, empero, iba á cambiar: el príncipe Federico Carlos, que creía á los franceses más avanzados hacia el Oeste, más próximos á Verdún, no había previsto la batalla para aquel día; mas advertido de los peligros que corrían los suyos, galopaba ya hacia el lugar de la acción. El X.º cuerpo se aproximaba: llegó primeramente el 16.º de dragones con dos baterías ligeras y luego otras dos baterías, y en el entretanto aparecieron las primeras columnas de infantería, á las que seguía el grueso del cuerpo de ejército formado por las 39.ª y 40.ª brigadas y la 38.ª que marchaba á retaguardia. En virtud de la orden primitiva estas tropas habían sido dirigidas hacia el Oeste, es decir, hacia el Mosa; pero una reciente contraorden las llevaba á socorrer al III.º cuerpo, que se encontraba en situación muy apurada, y todos aquellos batallones acudían presurosos, pero extenuados porque muchos de ellos habían andado desde la mañana cuarenta kilómetros.

Ladmiraull se hallaba en las inmediaciones de la granja de las Grizieres y desde allí pudo ver cómo todos los caminos se llenaban de enemigos que acudían de todos lados: detrás de Mars-la-Tour, hacia Suzemont, hacia Puxieux, grandes remolinos de polvo revelaban la presencia de numerosas columnas en marcha; más cerca, las vanguardias salían de Tronville y comenzaban á diseminarse por el bosque conquistado por nosotros poco antes; y además todo el terreno que se extendía al Sur estaba infestado de caballería, pues los dragones de la guardia prusiana, llegados de Saint-Hilaire, se habían unido, cerca de Mars-la-Tour, á la brigada Barby. A lo largo de la calzada de Verdún, la artillería hacía un fuego terrible: una de las granadas estalló junto al general matando á su portaestandarte; el capitán de la Tour du Pin empuñó el asta rota y solicitó el honor de llevarla. Ladmiraull, sin preocuparse del peligro, proseguía su exploración, que resultaba muy difícil, á causa de las nubes de humo por entre las cuales apenas quedaban algunos pequeños claros. ¿Quién llegaría antes, Cissey ó los refuerzos alemanes? El comandante del 4.º cuerpo envió á Cissey nuevos mensajeros, y en el entretanto, considerando demasiado arriesgada la posición de la división Grenier, le ordenó que se situara en la otra vertiente del *Fond de la cuve*.

En su consecuencia, los soldados de Grenier evacuaron el bosque y remontaron el barranco en buen orden, aunque algo extrañados de aquella retirada, y llevándose algunos prisioneros. En la mente de Ladmiraull aquel pequeño retroceso no significaba el abandono de la ofensiva; Cissey estaba cerca, y á su llegada se reanudaría el ataque. Cerca estaba también la división Aymard, del 3.º cuerpo, y el 6.º cuerpo tenía varios de sus regimientos á muy corta distancia. ¿Era creíble que

(1) Respecto de esta marcha véase la obra muy notable del coronel Roussel, *Le 4.º corps de l'armée de Metz*, págs. 122-124.

Bazaine no acudiera personalmente á aquella parte del campo de batalla, que no dictara órdenes, y que los comandantes del 3.º y del 6.º cuerpos no suplieran la inercia del mariscal?

Mientras tanto, aparecía al Oeste, por el lado de Ville-sur-Yrón, una gran masa de caballería, y además una batería instalada en la carretera de Mars-la-Tour, en Jarny, cogía oblicuamente la derecha de nuestra línea; importaba, pues, antes de avanzar con la división Cissey hacia la carretera de Verdún, apartar al enemigo que amenazaba nuestro flanco. Ladmiraull, dirigiéndose al capitán de la Tour du Pin, le dijo: «Id y recoged toda la caballería que está detrás de nuestra posición, y que se desembarace nuestro flanco derecho.» El edecán partió al galope y encontró primeramente al general Du Barail, que sólo tenía un regimiento, después al general Legrand, que tenía tres, y por último, al general France, que disponía de la brigada de los lanceros y de los dragones de la guardia, á todos los cuales comunicó la orden del general en jefe. Las probabilidades favorables, aunque un tanto disminuidas, aún permitían esperar con fiadamente, y el capitán de la Tour du Pin, empapado de estas ideas que animaban á Ladmiraull, infundía su ardiente confianza á todos cuantos encontraba, y encorvado el cuerpo sobre su caballo, deciales al pasar junto á ellos: «¡Ea! Todavía quedan á Francia hermosos días.»

Mientras se formaba la caballería, llegaba al campo de batalla la división Cissey, cuya proximidad habían ocultado los accidentes del terreno. Iba delante el 20.º batallón de cazadores; después, á la derecha, la brigada Golberg, y á la izquierda, algo atrás, la brigada Brayer. Entre las cinco y las cinco y media, las primeras columnas llegaron á la vertiente septentrional del *Fond de la cuve*, empuñándose entonces de improviso corto y mortífero combate, uno de los más memorables de aquella famosa jornada.

El X.º cuerpo alemán acababa de completar su efectivo con la llegada de la 38.ª brigada (brigada Wedell), compuesta de contingentes westfalianos y mandada por el general de Schwarzkoppen, el cual, con cuatro batallones aumentados muy pronto con un quinto, había avanzado al Oeste de Mars-la-Tour. La dirección general era la punta Noroeste del bosque de Tronville, yendo á la derecha el 16.º y á la izquierda el 57.º regimiento. La marcha, protegida en un principio por un pequeño barranco situado al Este de Mars-la-Tour, había continuado, al Norte de la calzada de Verdún, por una cumbre casi descubierta y á costa de sensibles pérdidas. Los westfalianos, torciendo un poco á la izquierda y no sospechando que los franceses dispusieran de tropas frescas, acababan de penetrar en el *Fond de la cuve*, cuando de pronto, á una distancia de ciento cincuenta ó doscientos metros, vieron delante de ellos los batallones de la división Cissey. Formados en líneas escalonadas, los soldados del 20.º de cazadores, los del 1.º de línea y algo más lejos los del 73.º, acribillan con su fuego á los asaltantes; las primeras compañías de éstos, completamente aterradas, se detienen, se arremolinan y descienden precipitadamente hasta el fondo del barranco; las que las siguen tropiezan con ellas, y en aquella masa confusa las balas de los chassepots abren incesantes brechas. Una impenetrable nube de humo se cierne

sobre todo el valle, pero entre los hombres amontonados en un estrecho espacio, los disparos, aun hechos sin apuntar, multiplican las víctimas. En pocos minutos el suelo se cubre literalmente de muertos y de moribundos; la mayoría de los jefes alemanes caen muertos, heridos ó desmontados. De los nuestros es herido mortalmente el general Brayer. Los más osados de nuestros enemigos intentan reorganizarse, escalar las pendientes, abrirse paso á fuerza de audacia, pero casi todos son precipitados al fondo del valle, adonde nuestro fuego los persigue. Algunos oficiales que han quedado ilesos dan la señal de retirada; el estrépito de la fusilería ahoga los toques de las cornetas, y aquellos que han escapado de la matanza remontan las vertientes meridionales en medio de una confusión indescriptible. Los franceses, algo quebrantados también por acción tan encarnizada, se lanzan en persecución de sus adversarios y se apoderan de 400 prisioneros y una bandera. En esto, acude desde Mars-la-Tour un regimiento de caballería que á costa de grandes sacrificios logra salvar al resto de los desdichados westfalianos.

¿Qué habría sucedido si en aquel momento las tropas disponibles del 3.º y del 6.º cuerpos, dando un ataque, hubiesen permitido llevar la ofensiva hasta el último extremo? Pero estaba escrito que en aquella jornada no habíamos de tener más que comienzos de felicidad. Ni Bazaine ni ninguno de sus lugartenientes acudieron. ¡Con qué amargura vemos expresado en los recuerdos de los contemporáneos el dolor de tantas circunstancias favorables desperdiciadas (1)! En el entretanto, nuestra situación en la extrema derecha empezaba á empeorar.

Mientras combatía Cisse, nuestra caballería, cumpliendo la orden comunicada por el capitán de la Tour du Pin, salía de Bruville y subía hasta la meseta que se extiende entre la carretera de Jarny y la aldea de Ville-sur-Yron (2). Los primeros que entraron en acción fueron los cazadores del general Du Barail, los cuales, saliendo del barranco de Grizieres y atravesando la calzada de Mars-la-Tour, se lanzan sobre los cañones enemigos, acuchillan á los artilleros, apagan los fuegos de la batería que tanto nos molestaban, y al llegar delante de la caballería alemana, la contienen con sus carabinas.

El general Legrand, que disponía de tres regimientos, dos de húsares y uno de dragones, no había recibido aviso hasta después que lo recibiera Du Barail; tardó, por consiguiente, un poco en llegar, y aun tardó más el general France, que fué el último á quien se avisó. Entretanto la caballería alemana había sido reforzada: al Noroeste y al Norte de Mars-la-Tour estaban los tres regimientos de la brigada Barby, otros dos de la 5.ª división de caballería y además un regimiento de dragones del X.º cuerpo. Cuando Legrand se hubo reunido con Du Barail, éste le dijo: «Es demasiado tarde; hace veinte minutos la confusión producida por mis cazadores habría facilitado el triunfo; ahora el desorden está reparado y ha pasado la sorpresa.» Legrand acababa de recibir de Ladmirault reiterados avisos para que no demorara la acción y todavía le pesaban las cen-

(1) Véase en particular las notas del general Saussier (*Revue d'histoire*, noviembre de 1903, pág. 458).

(2) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

suras de que por la mañana había sido objeto: «He recibido la orden de cargar, dijo con cierto enojo, y cargo.» Uno de los coroneles propuso que se preparara el ataque con una descarga de carabina. «No, á sable,» replicó Legrand. «¡A sable!» repitieron los oficiales, y al grito de «¡Viva el emperador!» se lanzaron los escuadrones (3).

Vióse entonces lo que desde las guerras del Imperio no se había visto: seis mil jinetes arrojándose unos contra otros y atacándose en un furioso choque. Por ambas partes las fuerzas estaban casi igualadas: de un lado los hulanos, los dragones, los coraceros de Barby, y los jinetes de Redern, de Bredow y del X.º cuerpo; de otro, la caballería del 4.º cuerpo, los lanceros de la guardia y los dragones de la emperatriz. Los prusianos prorrumpieron en inmensos hurras; á corta distancia los dragones alemanes disparan sus tercerolas y luego no se oye más ruido que el de los sables que nuestros enemigos esgrimen de filo y los nuestros de punta. En el espeso remolino de polvo sólo se distinguen masas confusas de hombres y caballos que chocan entre sí, se mezclan y se atraviesan en combates singulares sin cuartel. Pero las fuerzas francesas han entrado en acción, no juntas, sino por fracciones sucesivas; además nuestros caballos son más pequeños y nuestros hombres más bajos, y en el choque violento y brutal nada compensa esta inferioridad. El general Montaigu, que manda la brigada de húsares, es herido y hecho prisionero; el general Legrand cae muerto; y en aquel universal desorden, nuestros jinetes confunden el uniforme azul celeste de los lanceros de la guardia con el de los dragones alemanes (4), lo cual es causa de una corta, pero horrible equivocación. La lucha se prolonga aún unos minutos, hasta que al fin la nube de polvo se aleja hacia el Norte: son los franceses que vuelven grupas y se repliegan en dirección á Bruville. No queda otra cosa que hacer que asegurar la retirada. A poca distancia está la división Clerambault, del 3.º cuerpo, la cual, aunque lentamente, ha acabado por ponerse en movimiento; de ella se destaca un escuadrón de dragones que coge de flanco á los prusianos, mientras los cazadores de Africa, reunidos en el pequeño bosque de Ville-sur-Yron, fusilan desde allí al adversario. Además un batallón de infantería toma posiciones en las laderas del barranco de Grizieres. De este modo es protegida la retirada. Por otra parte, los alemanes renuncian á perseguirnos, y en ambos campos las cornetas tocan llamada: hulanos, dragones y coraceros se retiran por el lado de Mars-la-Tour, y la meseta sobre la cual acaba de desarrollarse el terrible combate aparece de pronto tranquila y casi desierta.

El mal éxito de la carga quedaba compensado, y con creces, por las ventajas de la división Cisse. Al Sur, la 38.ª brigada alemana presentaba el aspecto de una masa desordenada y enloquecida, cuyos restos apenas conseguían reunir los oficiales de Estado mayor. Un esfuerzo más, y los franceses ocuparían la calzada de Verdún y llegarían á Tronville, es decir, alcanzarían la victoria. ¿Faltáronle en aquel momento á Ladmirault

(3) *Relation du combat de cavalerie de Mars-la-Tour*, por el capitán de la Tour du Pin.

(4) *Relation du combat de cavalerie de Mars-la-Tour*, por el capitán de la Tour du Pin.

la audacia ó el genio? Recientes cálculos han demostrado, ó tratado de demostrar, que en las divisiones Grenier y Cisse quedaban todavía intactos cinco batallones y medio y que otros apenas habían intervenido en la acción; de aquí el pesar de que una tentativa suprema no hubiera violentado la fortuna (1). ¿No habrá en estos cálculos retrospectivos algún exceso de optimismo? El comandante del 4.º cuerpo no se atrevió á arrostrar el grave azar. Eran las siete y el día declinaba; del 3.º cuerpo no llegaba ningún socorro; Bazaine no enviaba orden alguna y nada se sabía del resto de la batalla. Los soldados de Cisse estaban un tanto desorganizados por la rapidez, por el ardor de la acción; y por encima de todo, faltaba una división que tal vez con su intervención habría asegurado el triunfo, á saber, la división Lorencez, á la que se aguardaba desde hacía muchas horas y cuya tardanza tenía desesperados á los nuestros. El ataque, tan enérgicamente comenzado, quedó interrumpido bruscamente. Nuestros adversarios, á su vez, estaban extenuados. Todavía se oyeron algunas descargas en las cercanías del bosque de Tronville y se capturaron en los extremos de la meseta de Yron algunos jinetes alemanes extraviados y algunos caballos sueltos; después, cerrada ya la noche, Ladmirault, esperando órdenes y esperando sobre todo para el día siguiente una nueva batalla, condujo nuevamente sus tropas hacia la granja de Urcourt.

XIII

He relatado con algunos detalles la gloriosa labor del 4.º cuerpo. No es que en aquella jornada no se librasen otros combates igualmente heroicos y sangrientos; pero sólo en nuestra ala derecha se observa un firme deseo de ofensiva. Quizás esta energía hubiese conquistado la victoria si el día hubiera sido más largo; pero la noche se echó encima y los refuerzos no llegaron, y al retirarse los nuestros perdieron la ocasión favorable que se les ofrecía.

En otros sitios, es decir, en el centro y en el ala izquierda, continuaba, al Oeste y al Sur de Rezonville, la batalla comenzada por la mañana. Desde las dos hasta las cinco el combate se había mantenido casi estacionario y aun había habido algunos intervalos de calma; pero á aquella hora se reanudó con extremada intensidad, gracias á la aproximación de los refuerzos prusianos. La 32.ª brigada del VIII.º cuerpo llegó de Gorze, yendo detrás de ella el regimiento de los granaderos de Siberia, y entonces se empeñaron una porción de acciones parciales, tenaces, encarnizadas, en el lindero de los talleres, y particularmente en las inmediaciones de la *Maison-Blanche*, que nuestros soldados abandonaron, recuperaron, volvieron á evacuar y ocuparon de nuevo. En la larga línea semicircular alrededor de Rezonville, luchaban los granaderos de la guardia apoyados por una parte de los cazadores, luego el 25.º y el 26.º de línea de la división Levassor-Sorval, el 51.º y el 62.º de la división Montaudón, y, por último, la brigada Lapasset. Los nuestros sufrieron grandes pérdidas; pero mayores aún las tuvieron los alemanes,

(1) Véase *Revue d'histoire*, marzo de 1904, págs. 648 y siguientes.

que vieron sucumbir á los dos coroneles de la 32.ª brigada y al de los granaderos de Silesia. Todos estos combates presentan una imagen confusa, que hacen más confusa todavía los recuerdos contradictorios de los actores, y sus detalles escapan á quien quiere analizarlos. Hubo mucho valor, pero ningún otro plan que el de no perder terreno; esfuerzos yuxtapuestos, pero no combinados; una ambición limitada que no aspira tanto á conquistar la victoria como á evitar la derrota. Se llenaron de defensores las colinas del Sur de Rezonville, como se guarnecen las murallas de una plaza, y si bien aquellos defensores se portaron valientemente, no



El general de Cisse

hicieron otra cosa, como si la principal preocupación hubiese sido contener á los soldados cada vez que el instinto, las circunstancias ó el valor les impulsaran á avanzar.

Eran las cuatro y media cuando el príncipe Federico Carlos había llegado al lugar de la acción. Todo lo que en Bazaine era pasividad, transformábase en él en feróz energía. Desde su llegada seguía, colocado en una altura próxima, las peripecias de la incierta lucha, y al comprender la fragilidad de sus ventajas quiso, costara lo que costase, grabar en el espíritu de su ejército el convencimiento del éxito.

Esta resolución determinó un último combate. El tiempo apremiaba; eran cerca de las ocho y las sombras de la noche proporcionaban un pretexto al inmenso cansancio, y por ambas partes disminuían las detonaciones. El comandante del II.º ejército resolvió dar un golpe supremo hacia el lado de Rezonville, y aunque en muchas baterías alemanas faltaban los caballos ó las municiones, el príncipe reunió todas las piezas que estaban en disposición de poder funcionar. La división hessense, que venía apresuradamente de la parte de Gorze al través de los bosques, hizo adelantar dos